

Sobre gustos

MANUEL ALCÁNTARA

Incluso los españoles que no están en el paro tienen algún tiempo libre. Generalmente, lo emplean en no leer, en no ir al teatro y en no formar parte de asociaciones. El ocio, que es el resto de la remota herencia del paraíso, le preocupa mucho a los sociólogos, que hablan de «el drama de la utilización del tiempo libre», pero lo más probable es que el tiempo sea el que nos utilice a nosotros, ya que es nuestra materia prima (Cuando Marcel Proust vio muerto a un amigo suyo, exclamó: ¡El tiempo ha huido de él!). Parece que los ociosos españoles lo tienen claro: lo emplean en ver televisión, tomar copas y mirar cómo otros hacen deporte.

Nos gastamos en espectáculos y enseñanza una cantidad muy inferior a la media europea, pero nadie nos lleva el pulso en el viejo continente en cuanto a la asiduidad de visitas a bares y restaurantes. También somos los plusmarquistas en horas frente al televisor. No ya en un día como ayer, en el que era obligatorio presenciar el España-Italia, sino en cualquier fecha. Según los datos del informe del Centro de Estudios del Cambio Social, cada compatriota se traga todo lo que le echen por la caja que llaman tonta los que se pasan de listos durante más de cuatro horas diarias. Esos son nuestros gustos y sobre gustos se ha escrito muchísimo. La televisión, los mostradores y el deporte,



cuya contemplación sienta muy bien para la salud.

Incomprensiblemente, cuando se hace el balance de nuestras aficiones, no se habla de lo mucho que nos gusta jugar con fuero. El olor a chamusquina de esta semana va a llegarle a nuestros descendientes. En siete días se han arrasado siete veces más hectáreas que en todo el año pasado. Y, como otra de nuestras aficiones es transitar por los predios de esa comarca llamada Picardía, al hilo enlutado de la tragedia ha surgido en Cataluña «el timo del fuego». Un grupo de timadores vende por 3.500 pesetas boletos de ayuda para la extinción de los fuegos. Siempre hemos tenido mucho gusto en engañar a alguien.

Del Oriente al Occidente

Calles peatonales

JOSÉ SUÁREZ ARIAS-CACHERO

La transformación del casco histórico de Oviedo y de algunas de sus vías comerciales en calles peatonales convirtió a nuestra capital en un sitio más agradable para vivir, en una ciudad en la que se puede pasear y en la que indiscutiblemente ha mejorado la calidad de vida.

Al margen de la controversia suscitada por el polémico primer «plan de choque» que mudó el aspecto urbano ovetense, parece claro que esa iniciativa es hoy el principal activo del alcalde, Gabino de Lorenzo, de cara a su reelección el próximo año, puesto que la inmensa mayoría de los carbayones aplaude el resultado final.

El comienzo del verano nos ha sorprendido con una nueva ofensiva peatonalizadora que afecta a las

principales arterias capitalinas y que tiene totalmente bloqueado nuestro indigesto tráfico de coches. Con independencia de que las obras se pueden hacer espaciadamente y no todas a la vez, disminuyendo así las molestias que ocasionan, lo realmente preocupante es que, en la medida que se reducen los espacios para la circulación y el aparcamiento de vehículos, este problema se va a convertir en permanente.

No sé si la Corporación municipal se da cuenta de que Oviedo, además de para andar, es también una ciudad de servicios y que miles de asturianos se desplazan diariamente a la capital a resolver multitud de asuntos administrativos de todo tipo y a realizar sus compras, y que esa característica es en gran medida el motor económico de esta población.



Pues bien, los principales edificios de oficinas, tanto públicas como privadas, las instituciones financieras, los departamentos de la administración estatal, las zonas comerciales, en definitiva, aquellos lugares donde se prestan servicios a ciudadanos y empresas están cercados hoy por las trincheras y mañana por el asedio permanente de la peatonalización.

En la gestión de los asuntos públicos hay que saber combinar lo guapo con lo práctico y compaginar los intereses de los distintos segmentos de la ciudadanía, estamos a tiempo de que la medida sustituya al exceso y haya alternativas para los perjudicados por este nuevo «plan de choque». El populismo no tiene cabida en una sociedad seria, donde no debe bastar con hacer la calle para ganar las elecciones.

Entre paréntesis

Roca, o el delfín

LUIS MEANA

El señor Roca Chun-Chen iba, desde muy jovencito, para delfín, por lo que no es del todo paradójico que, al final, la historia le haya obligado a jubilarse haciendo ese papel, esa cosa estúpida que quería ser: príncipe inconcluso, sinfonía incompleta, Carlos perpetuo de Inglaterra, delfín. Como saben todos los niños de Bachillerato, el delfín es el pez listo del acuario, además del pez espectáculo por definición: da grandes saltos en el agua, da besitos en los morros al preparador, emite sonidos como si quisiera hablar, levantando la admiración del público observador. Pero, después de todo eso, quien manda y decide en el acuario no es él, sino el empresario-tiburón. En resumen, que el delfín, como cualquier otro ajedrez, resulta demasiado listo para pez y demasiado tonto para tiburón. Que es, precisamente, lo que le ocurre al señor Roca Chun-Chen: que lleva diez/veinte años de delfín listo del acuario de Pujol, de delfín catalán en el acuario de Madrid, dando besitos en los morros políticos del PSOE, y luego es otro la reina de los mares. Pues bien, ahora este hombre delfín, este delfín hombre, que pretendió llegar a tiburón por la línea estética del delfín —lo que viene a ser un contrasentido como querer llegar a obispo titular por el procedimiento de convertirse en el mejor cantor

de gregoriano—, ha dicho que Anguita es el último estalinista que queda en Europa, un tanto picado el delfín porque el poeta lírico Anguita ha afirmado que la burguesía catalana es la más reaccionaria de Europa, lo que puede que sea verdad, puede que sea meritoria, o puede que sea todo lo contrario. Pero el delfín no consiente ni que le toquen un pelo a la integridad, progresividad y espiritualidad de la alta burguesía catalana, a la que tanto le gusta combinar todos los paños posibles, sean de derechas, de izquierdas o de centro, y a la que tan poco le gusta que sean otros los que se dediquen a combinarlas. Todo este aleteo nervioso del delfín no es más que la calentura que le está entrando a la sangre fría del pez al ver que en el nuevo acuario andaluz se anuncia un nuevo vals de los delfines: el llamado «pacto a la griega». O sea, el pacto entre conservadores del PP y comunistas de IU para levantarle instituciones al PSOE, lo que ha puesto muy nerviosos a los más acreditados barandados del «establishment desacredité». Más que nada porque ellos piensan que han criado y entrenado al delfín, lo han puesto en la piscina de la Carrera de San Jerónimo, llevan diez años dando espectáculo con él a todo el país, y no van a retirarlo ahora cuando el delfín ya casi ha aprendido a hablar y se ha convertido en su mejor portavoz.

Estado de la pasión

ANTONIO GUERRA

Lo mismo que los padres de la patria se reúnen cada año para hacer un balance sobre el estado de la nación, yo propongo a los colegas de todos los medios que dediquemos un día de cada mes a analizar el estado de la pasión. Está visto que la política en España discurre por derroteros de insidias enconadas que no son nada buenas. Pero tampoco hay que exagerar. En la tarde del pasado viernes, y en las noticias de una cadena privada, me sorprendió una periodista cuando aseguraba sorprendida que no podía imaginar a Balladur al salir de una reunión con Mitterrand diciendo las cosas que había dicho José María Aznar al término de su encuentro con González. En primer lugar, lo único que dijo el presidente del PP, y por cierto muy respetuosamente, es que no entendía por qué le había citado el presidente del Gobierno, si nada nuevo se había dicho en este encuentro.

En segundo lugar, la conspicua comentarista se equivoca de cabo a rabo en su apreciación de la política francesa. Si hubiera vivido en Francia algunos años, como el que suscribe, la aguda comentarista sabría que antes y después de todas las reuniones los políticos se dicen en Francia cosas mucho más tremendas que en España. Lo que posiblemente quiso decir la sagaz periodista, pero no acertó a expresarlo con claridad, es que en Francia, y en cualquier democracia europea, los políticos no trasladan la pasión del debate político —que es buena y saludable— al terreno de las relaciones personales. Y también la viceversa: no se les ocurre llevar al terreno de la negociación política las simpatías o antipatías personales.

Esta es una de las cuestiones más graves que se está viviendo en la política nacional, y que podemos terminar pagando caro los españoles: la profunda antipatía que se profesan González y Aznar, sus divergencias personales en todos

los sentidos, y la incapacidad por ambas partes para desconectar esta enemistad, que ya roza la inquina, a la hora de sentarse a la mesa para tratar de los intereses de «todos» los españoles. Es cierto que se trata de dos personalidades muy dispares, que a su vez representan dos Españas distintas. Por una parte, la sobriedad de Castilla, la claridad de ideas entre lo que se dice y lo que se hace, y ese aburrido sentido de la trascendencia, que posiblemente incapacita la agilidad imaginativa que necesita el político. Por la parte andaluza: el chalanero simpático, el buen desplante y figura del sombrero cordobés, la gracia cartujana de los caballos jerezanos, la mentirijilla sevillana —trapalona y astuta— que es capaz de convertir el gato en liebre engañando con arte a Europa entera. Y sobre todo un arte de la elocuencia y la sagacidad, que son fundamentales para la política de diario, aunque se arriesgue gravemente la del futuro.

Voy a proporcionar al líder con-

servador una de las ideas que Felipe González suele repetir —o al menos repetía hace unos años— en privado, y que siempre ha puesto en práctica con notable éxito. Este político sevillano siempre dice que la forma de desprecio de las personas inteligentes nunca debe ser el cabreo, los insultos, ni las alharacas («tirar las patas por alto», se dice en Andalucía), sino la fría indiferencia con una distancia intencionada. Este es uno de los trucos, repite en familia el antiguo vaquero, que más desconcierta al enemigo. Me temo que José María Aznar está cayendo como un pardillo en esta estrategia gonzalina de la distante indiferencia, un hábito o ardid que más conviene a la personalidad castellana, pero que el andaluz se ha apropiado de él con inteligencia y excelentes resultados.

Si José María Aznar, y todo lo que representa, continúa en el estado de divino impaciente, pidiendo que se vaya —«gratia et amore»— Felipe González y le deje el camino

libre ahora que los votos le son propicios; si sigue cabreándose ante la gélida indiferencia de González, y si además el cabreo se le nota tanto y sus huestes siguen organizando el cirio pascual de la disidencia y las acusaciones gratuitas, la trampa del sevillano va a surtir efectos una vez más. Que se seren los ánimos conservadores, por favor. La comentarista que sacábamos al principio de estas líneas no llevaba razón: hay que ser tan duro como se pueda y la razón permita en el debate político, pero esta actitud nunca debe trascender a las actitudes personales convirtiéndose en ira, que para eso estamos algunos periodistas en el ejercicio diario de una catarsis intencionada y siempre saludable, aunque algunos confundan con el rencor por no haber sido ministro o concejal (¿?). El debate del estado de la nación no puede convertirse, nunca jamás, en un irascible estado de la pasión lejos de los usos y las maneras democráticas.

